

LÁPIZ CONTRA FUSIL

Las claves de un nuevo siglo. Santiago-Iquique, 1900-1907 ¹

*M. Angélica Illanes O.*²

1. Santiago: presagios en un comienzo.

El anuncio de la llegada del nuevo siglo a través del disparo de fusiles apostados en la Plaza de Armas de la capital, repugnó a los obreros demócratas y así lo estamparon en su texto: deseaban que fuesen los últimos disparos que presenciase el pueblo chileno. Por su parte, miles de representantes de este pueblo que se hallaban allí reunidos, gritaron su sueño estratégico: «¡Viva la fraternidad universal, viva la unión de los obreros, viva la libertad, viva la democracia, paso al siglo xx !» ³.

Muchas fiestas populares diseminadas... Era un siglo que advenía diferente; presagiaba un nuevo protagonismo: el del pueblo. Así lo había expresado el partido demócrata en el acto que había organizado: «el siglo xx nos pertenece y si los padres de la patria se sacrificaron en el siglo xix para romper las cadenas que nos aprisionaban, sus hijos siguen la huella de Francisco Bilbao, que gritó a la faz del mundo: ¡Igualdad i fraternidad!, grito que se ha seguido repitiendo (...) propagando por todas partes la igualdad del derecho que a todos los proletarios nos asiste en el reparto de la administración pública.» Un siglo «que trae para el pueblo días de luz eterna -la ciencia y la ilustración- días de paz y de riqueza, por la abolición del Militarismo i por la independencia económica que efectuará el proletariado» ⁴.

¹ Este artículo forma parte del texto de M. A. Illanes, *La Batalla de la memoria*, Planeta, Santiago, 2002

² Historiadora, profesora titular de la Universidad Austral de Chile.

³ *La Democracia*, art. «La entrada». Santiago., 6 de enero, 1901.

⁴ *Ibid.*, 24 de febrero, 1901. «El partido democrático en el siglo XX».

La nueva lucha popular sería inter-generacional. Buscaban a sus hijos; había que unir las piezas de la gran cadena que a lo largo del tiempo había construido la historia de los oprimidos. Desde el extremo de este siglo, se debía tirar con fuerza de ella, hasta arrancar sus raíces. Llamaban a la juventud a despertar: la gran tarea secular comenzaba: «Ven ardiente juventud, ven sin dilación a conquistar el ideal deseado: la redención de los esclavos. El siglo que comienza es nuestro siglo. Despierta, juventud, despierta. / No hagas caso de los que digan que es utopía la completa emancipación humana; que es una quimera la completa igualdad social entre los hombres. Son políticos mercaderes, serviles aduladores del poderoso los que tal afirman. En tiempos pasados, creíase una utopía la realización del estado social en que hoy vivimos. Las mejoras obtenidas en nuestras continuas luchas, garantizan el triunfo de nuestros ideales, de verdadera libertad, de completa emancipación. (...). / Despierta, juventud, despierta. Oye el poderoso gemir de las víctimas de la tiranía del pasado siglo, al que precedieron dieciocho centurias de aún más horrible servidumbre; son nuestros padres que claman por nosotros, conjurándonos a que luchemos para no llegar al estado miserable en que ellos vivieron, vejados por la esclavitud de que fueron víctimas; esclavitud que nos legaron y de la que es preciso emanciparnos, acabando de romper las cadenas que nos aprisionan. / Despierta, juventud, despierta./ El siglo que comienza es nuestro»⁵.

Era el optimismo obrero finisecular, afirmación de certidumbres y triunfalismos, de nuevo orgullo de clase.

Sin embargo, este optimismo estaba envuelto en nube oscura. Esa juventud popular que supuestamente debía forjar la nueva aurora, era masivamente reclutada en cumplimiento de la *Ley de Servicio Militar Obligatorio*, ley que debutaba en el país. Esta ley constituía uno de los golpes estratégicos más certeros dado por el régimen contra el movimiento obrero y tendría gran repercusión en la historia del siglo. De este modo, si bien el pueblo se aprestaba a la lucha secular, el régimen se preparaba en su propia defensa.

⁵ Ibid., Santiago., 14 de abril, 1901. «Despierta juventud», firmado por A. Ramírez del Castillo.

Pero no se trataba de la confrontación de dos "enemigos" claramente distintos y capaces de reconocer trinchera propia: la elite construía su ejército con los miembros del propio pueblo. El fusil empuñado por éste en defensa de la elite constituyó la clave de la defensa del régimen de poder en el nuevo siglo, fenómeno que se realiza a través de la colonización interna de las fuerzas sociales potencialmente productoras de infidelidad.

El otorgamiento de fusil al pueblo reclutado era no sólo una vía de apropiación del "enemigo", sino también consistía en dotar de poder a su cuerpo: poder de su cuerpo como fierro erecto, como grito alzado, como golpe de talón en taco, como giro automático de miembros. Un cuerpo-pueblo hecho máquina armada, instalada al lado de la Casa del Poder. De este modo, la intervención sobre su cuerpo era no sólo disciplina; principalmente consistía en el otorgarle poder corporal para extraerle poder mental; en entregarle poder físico individual para extraerle poder social. Se trataba de la fundación de su cuerpo como fusil erecto, pene mecánico no precisamente para el amor.

La ira de Recabarren no tuvo límites: «El atentado más infame que se lleva a cabo en estos momentos es el cumplimiento de la odiosa ley del servicio militar obligatorio. / Cuando se aprobó esta ley la fustigamos con toda la energía que nos fue posible, pero, lo confesamos verdaderamente, nunca comprendimos los desastrosos efectos que está encaminada a producir entre las clases trabajadoras. / Desde hoy, cuando se efectúa esa inscripción en todo el país, juramos vengarnos de los miserables que han atentado tan temerariamente contra lo que más apreciamos: la libertad i los derechos que nos otorga la Constitución». Ante la acción de esta ley la burguesía se presentaba ante los ojos de Recabarren como «una enorme furia que se abalanza sobre nosotros en estridentes convulsiones para devorarnos con su eterno apetito de sangre popular»⁶.

El discurso de Recabarren denota un sentimiento de derrota sufrida entre sus propias filas. A juzgar por numerosos textos de la época, el pueblo se enroló gustoso en el Ejército, deseando

⁶ Ibid., 3 de febrero, 1901. «El Servicio Militar Obligatorio».

episodios de gloria, de bandera y de patria, con paga de \$10 mensuales y vestido de uniforme, fusil y bototo (dejando atrás su “patipelao” pasado peonal), factores suficientes para parir otro hombre: adicto/institucional y desadaptado de clase. Los dirigentes demócratas supieron ver que el servicio militar obligatorio era una vía a través de la cual la clase dirigente haría de los soldados “verdugos de sus propios hermanos de trabajo”⁷.

El nuevo siglo se sustentaba, por una parte, sobre esta arma estratégica, el *fusil*, mecanismo de cooptación del pueblo por parte de la elite, destinado, en buena medida, a reprimir la amenazante avanzada del movimiento obrero que se aprestaba a conquistar una cuota de poder en la república. Como contrapartida, el arma que empuñará el movimiento obrero será el *lápiz*. Arma erecta, conectada a la corriente iracunda de su mente, de su voluntad y de su utopía.

Este lápiz apuntó hacia el pueblo-soldado:

«¿Qué hacéis, pobres parias del cuartel, supeditados a vuestros jefes en todos vuestros juveniles anhelos? ¿No ha sonado todavía para vosotros la hora de razonar un poco sobre vuestra triste situación personal i sobre el papel que presentáis ante la sociedad? ¿Tenéis ojos y no veis que están defendiendo la causa de un puñado de políticos, falsificados con el nombre de patriotas?»⁸.

El texto demócrata trata de *objetivar* la mente de los soldados: sacándoles el jefe de la conciencia, criticándoles los procedimientos militares del cuartel; retándoles por la sumisión a que se sometían, pareciendo borregos, les decía, cuando ellos eran semilla fecunda. El jefe acariciaba al perro, guardián del sultán, pero azotaba al soldado, vasallo del sultán. ¡Todo el mundo de pie, que sonó la diana! Vestido, aseado, pronto, mi teniente. ¡Los rezagados! ¡Al calabozo! Un, dos, armas al hombro, march... Vida automática y servil, soldado, insistían. Toque de rancho. Es malo el rancho, soldado, que, además, su rancho aseguraba un sueldo de

⁷ Ibid

hasta mil, el gozo del jefe. Qué asco tanta inutilidad. Tanto que darían a la sociedad en las artes, las industrias, los oficios, la ciencia, el espíritu puesto en acción del progreso; en vez de eso, eran bestia, bestia.

Soldado, «tenedlo presente: todo el que haya pisado el cuartel lleva en sí el germen de su desdicha, principalmente por una falsa idea del mando i de la obediencia, que hacen de vosotros probables candidatos para el despotismo o el servilismo.» Hasta el modo de mirar les programaban y no eran libre de hacerlo a voluntad... autómatas, les mataban la inteligencia y el sentimiento. Era para que pudieran matar mejor, para que se les matese mejor, soldado. Y todo en nombre de la patria, su negocio particular. «No, jóvenes, no continuéis sometidos a tan bárbaras instituciones: no seáis vosotros el azote de los hombres de bien, no contribuyáis al sometimiento a un estado de cosas tan anómalo e inmoral. (...) Sublévate, soldado, vosotros y no ellos sois los dueños de la fuerza. Servid a vuestros padres, a vuestros hermanos i a vuestros amigos: ellos constituyen la patria de la paz, que es la única patria aceptable»⁹.

A cada paso loas historiadores podemos reconocer en los textos sociales de principios de siglo un hecho claro: la confrontación política de clase se ha entablado en Chile. Nuestra pregunta central y la intención de este ensayo es aproximarnos hacia una mayor clarificación acerca del carácter que asume esta confrontación de clase, situando la masacre de Santa María –hecho cúlmine- en el ámbito de esta comprensión.

En primer lugar, esta confrontación se define como un enfrentamiento entre dos proyectos políticos de construcción de poder, sustentados y activados por las esferas directivas de las clases opuestas. Se trata, a nuestro juicio, de la confrontación de dos universos legales, normativos, respecto del modo de ordenamiento y jerarquización de las clases sociales en la sociedad. Nos referimos a la dicotomía clásica sobre la cual se ha construido la civilización occidental: dicotomía que otorga poder y superioridad a la mente que se identifica con el amo

⁸ Ibid., 21 de abril, 1901. «A los soldados», firmado por L.F.

⁹ Ibid

y que establece la inferioridad del cuerpo, que se identifica con el esclavo ¹⁰. Cada uno de los dos proyectos que se enfrentan en Chile a partir de inicios de siglo -el de la elite en el poder y el del movimiento obrero- trabajará interviniendo sobre el orden y significado de los elementos de esa dicotomía.

El movimiento obrero intenta otorgar poder racional, mental, intelectual, moral a su clase, a partir de lo cual busca superar su inferiorización histórica y fundar su nueva superioridad. Su texto representa el lápiz ilustrado puesto al servicio del pueblo, enseñándole, moralizándolo. A su vez, este lápiz popular trabajará reivindicando a su cuerpo como “trabajo” y como productor de la riqueza y el progreso, pero negándolo como instinto, como fuerza bruta, ámbito de la tradicional inferiorización del pueblo. ¹¹ El movimiento obrero busca instalar al pueblo en el término superior de la dicotomía, esperando de fundar, así, su nuevo poder y advenimiento.

Por su parte, la elite en su expresión estatal, se dirigirá hacia el pueblo interviniendo también la dicotomía: paradójicamente, en vez de inferiorizar el cuerpo del "esclavo" para justificar su dominación, le otorga poder (bélico) al cuerpo del inferior para subordinar su mente. El Estado hacía, así, del cuerpo del pueblo, cuerpo propio sin clase propia. Es decir, el desclasamiento. Por su parte, la intelectualidad obrera cuestiona la “superioridad de los amos”, descalificando su capacidad directiva o el supuesto “natural poder de su mente”.

Vivíamos, pues, en nuestro país, un momento importante de la historia de la civilización occidental: cuando la dicotomía clásica y su ordenamiento significativo es intervenido, tanto por parte del Estado/elite, como por parte del movimiento obrero, expresión de la confrontación, refundación y modernización de las relaciones de poder en la sociedad.

¹⁰ Véase Aristóteles, *La Política*.

¹¹ Por eso los dirigentes obreros hacían campaña permanente contra el alcoholismo, la prostitución y todo aquello que pueda definirse como "vicios del cuerpo".

2. Iquique: la intervención popular del cuerpo burgués.

Iquique, puerto y ciudad principal, desde donde a principios de siglo xx se extrae la mayor riqueza de la república, atrayendo gentes de todas latitudes, disfruta su bohemia cosmopolita, su extranjerismo, su babelismo lingüístico. Iquique es la superación de Latinoamérica o de la pampa que habita en el cholo, el indio, el roto. La pampa es el aire denso de lo real, del trabajo, de la ira del esfuerzo; Iquique es la liviandad del placer y el juego.

La elite iquiqueña tildada de "sociedad", construía su hábitat social en torno a la plaza Prat, al club, a los salones de juego y al teatro. La lúdica urbana de los señores consiste en pasear su ojal en la flor de la plaza y en bailar cintura torcida en el club, esperando su whisky escocés. Parte de su "mundo" quedaba inscrito en la prensa local, la que publicitaba sus viajes, recibéndolos y despidiéndolos, excitando los chismorreos en torno a sus eventos de sociedad. Esta elite construía su poder local en torno al municipio, cuyos cargos detentaban los criollos notables vinculados al salitre inglés, los que mantenían al edilato en bancarrota, terminando el pago de rentas por patentes en las arcas del banco acreedor. Eran "sus" pequeños y locales espacios de poder, indisputados e indisputables.

A su alrededor pululaba una clase media criada en torno al boliche y al comercio de toda índole, que no se restaba de los placeres lúdicos y sociales, especialmente realizados en los locales de sus sociedades de socorros mutuos que protegían los azares de su nuevo estar. Resaltaban las sociedades de señoras, las que a través de rifas y eventos sociales, juntaban caudales para la beneficencia y el hospital.

La plaza Condell era el espacio público de reunión de la clase popular y de obreros que salían a airear sus noches en familia. Allí eran vigilados permanentemente por individuos en ronda, armados de gruesos garrotes: la «policía secreta» que tenía poco de secreta y mucho de excreta: se olía a distancia. Su presa favorita eran los forasteros, a quienes se apresaba y

fichaba bajo cargo de sospecha. La secreta policía rondaba, además, todos los alojamientos, posadas, hoteles, agencias de vapores, controlando nombres y datos de los recién llegados y sus movimientos. Profilaxia local preventiva: ordenamiento o control del espacio social transhumante ¹².

La tendencia de los diversos grupos sociales era constituirse en sociedades particulares, en salones estanco que intentaban construir una suerte de identidad ante los desafíos de la supervivencia y de la transitoriedad.

No eran ajenos a este fenómeno los trabajadores estables de Iquique, los que desde la década de 1880 se habían ido organizando y conformando sociedades obreras de socorros mutuos ¹³. Desde el punto de vista del movimiento social, Tarapacá tenía gran potencialidad. Pero este movimiento, con expresiones societarias ya consolidadas y que había protagonizado batallas en tiempos de la guerra civil, eran sociedades más bien endogámicas.

Con el objeto de quebrar el particularismo societario obrero y abrirle un horizonte social, político y nacional, se instaló en Iquique en 1898 el conocido periodista Osvaldo López, con el arma revolucionaria finisecular: el lápiz popular o el periódico *El Pueblo* que salió a la luz pública el 20 de diciembre de 1898. La publicación de este periódico produjo un inmediato quiebre en la acompasada intrascendencia local, fomentada por los principales diarios iquiqueños, tales como *El Nacional* y *La Patria*: prensa que disfrutaba y seguía los pasos de la cotidianeidad del estar-ahí y que no tenía en sus miras crear opinión crítica o hacer denuncias que incidieran en una suerte de "cambio".

El Pueblo, por el contrario, saca a luz, devela, rompe el secreto de los documentos, de los actos del municipio, con el objeto de apropiárselos el pueblo iquiqueño y encontrar los fundamentos para el ejercicio de su crítica y de su soberanía en el habitar local. «*El Pueblo*,

¹² *El Pueblo*, Iquique, 31 de diciembre, 1901.

¹³ El tema está estudiado en Julio Pinto, *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera*. Universidad de Santiago, Santiago, 1999.

verdadero defensor de los derechos de todos y para todos, inaugura hoy un *proceso público*, que como consecuencia ha de traer la exhibición al desnudo de los que hasta hace poco formaron la mayoría municipal, aún imperante.» Ofrece, así, *El Pueblo* al pueblo los documentos en los cuales se constatan los escándalos y los negociados del poder local . Describe el diario popular a «Iquique por Dentro y por Fuera», desbancando las figuras estatuarias del poder en la localidad, destapando sus vergüenzas y sus humos, para que el pueblo «abra sus ojos»¹⁴.

La iniciativa de Osvaldo López forma parte de la avanzada de fin de siglo del periodismo popular en Chile por romper una fisura, abrir un hueco y emerger un texto popular propio, en el campo del espacio social local de circulación y reproducción del discurso. La prensa constituye la textualización física de un pensamiento que "circula", ocupando un lugar visible, externo, callejero, en el seno del habitar local. Esto constituye sin duda un hecho incisivo en el campo de la constitución del pueblo como escritura, expresión de una voluntad de poder.

Estamos, así, en presencia de un importante momento de revolución civilizacional, consistente en el acto de inversión por parte del lápiz popular, del orden y jerarquía de los términos de la dicotomía clásica, identificando a la elite o la burguesía como un *cuerpo* al que hay que *desnudar*, al que hay que desinflar, pinchándolo con la punta aguda de la pluma. Un cuerpo en exhibición para el conocimiento de sus malformaciones por parte del médico/pueblo.

López inferioriza a ese cuerpo -llama a la municipalidad "burricipalidad"- mandándola al rincón de los burros o de los castigados y exhibiéndole sus miembros y prostituciones. López, a nombre de la "comuna autónoma", viene a democratizar el poder local con su prensa y su lápiz, con los que irrumpe a perturbar la ciudad privada, libido de los señores, para fundar la ciudad racional, democrática, la ciudad política, moderna; la ciudad al servicio del pueblo.

¹⁴ *El Pueblo*, Iquique, 14 de septiembre de 1899: «Proceso Público».

De este modo y, en segundo lugar, esta confrontación de clase finisecular queda claramente expuesta en la acción de López en Iquique, es decir: López ha venido a instalar al pueblo en la ciudad de la razón y de la mente; viene a construir la superioridad del pueblo en el seno de la dicotomía clásica y a entregarle, correspondientemente, las llaves de la nueva ciudad, quitándole a la elite la exclusividad en el poder local.

López había participado en la fundación y redacción de prácticamente todos los periódicos populares fundados hasta entonces en el país: *La Razón*, *La Igualdad* y *El Demócrata* de Santiago, *El Pueblo* de Valparaíso y *El Demócrata* de Concepción. No existiendo, en ese momento, ningún periódico popular en Iquique, a pesar de las varias sociedades de obreros, López habría de provocar, con *El Pueblo*, una ruptura importante. Las dificultades y sinsabores de su salida a luz cada semana eran muchísimos: sólo contaba con el apoyo o el financiamiento de la misma clase obrera. Tres sociedades lo apoyaban: la *Gran Unión Marítima*, la *Protectora de Trabajadores* y la de *Panaderos*¹⁵. Pero quienes hacían el mayor aporte al periódico eran los trabajadores de la pampa, los que continuamente hacían llegar sus pesos y se preocupaban por la vida, salud y permanencia de ese lápiz popular.

El Pueblo, efectivamente, se había diseminado por la pampa. Semanalmente llegaba, en las distintas estaciones de ferrocarril, a manos de sus numerosos corresponsales en las distintas oficinas, tejiendo una red comunicativa Iquique-Pampa. El periódico publicaba las denuncias de los trabajadores, hacía justicia difundiendo el abuso, noticiaba para la historia su esfuerzo en la pampa, legitimaba su vida en ese pedazo desierto de planeta; *El Pueblo* era su poder-de-habitar.

Como todos los periodistas populares de la época, López luchaba contra bravos vientos y mareas. Era un porfiado de las letras y los tipos, era su misión, su apostolado. Sólo a garrote y cuchillo pudieron abatirlo. Temporalmente. Un domingo 29 de octubre de 1900, en pleno centro y vía pública de Iquique, a López lo asaltaron y apuñalaron varios encapuchados, en un

¹⁵ Ibid., 26 de octubre, 1899. «Contestemos»

claro intento de asesinarlo y acallararlo. López fue a parar al hospital gravemente herido, pero no faltó quien retomara la pluma para fustigar la barbarie y ensalzar las luces y la civilización: la prensa, «madre casi divina», sembradora de virtudes, «savia de la democracia», escribió. ¿Cuál era el motivo que, a su juicio, explicaba el alevoso hecho criminal? Los tiranos y gobiernos comunales que desfalcaban las arcas, dijo, tiemblan ante la Prensa Popular ¹⁶. El asalto sufrido por el editor de *El Pueblo* fue expresión del costo que significaba la “crítica popular” instalada en un espacio alimentado por el adulo y el *laissez faire*. López era la osadía de la escritura de denuncia y eso costaba caro, hasta la vida o al menos, la herida. ¿Quiénes fueron sus autores? Las indagaciones populares llegaron a establecer los culpables: la policía de Iquique ¹⁷.

Al cicatrizar la herida, la sangre del entusiasmo periodístico de López recorrió con mayor fuerza su cuerpo. Muchos lo habían visitado en el hospital, cientos de cartas de adhesión, numerosas reuniones se habían producido entre los trabajadores de la pampa para condenar el hecho y enviar dinero para apoyar la publicación de *El Pueblo*. Esa cuota de sangre derramada había despertado las energías y las conciencias. López retomó el lápiz, dando inicio a una nueva etapa: con el apoyo de muchos y con el objeto de consolidar el periódico obrero de Iquique, se formó la *Sociedad de la Prensa*, la que quedó constituida por trabajadores accionistas de Iquique y de las diversas oficinas salitreras.

En suma, la ofensiva civilizacional popular había dado una batalla en esta lucha por la inversión de los términos de la dicotomía. De ella salía herida, pero incólume. La lucha se propagaría y proseguiría.

3. *La Pampa: la nueva bandera de Chile*

¹⁶ Ibid., 12 de noviembre, 1899. "El crimen del domingo 29 de octubre y la prensa."

¹⁷ Se inició un proceso judicial para lo cual se tomó detenido a Tomás Marincovic, a quienes los ofendidos designaban como autor de las lesiones, y a Froilán Guzmán, agente de la policía secreta. «El resultado general del sumario arroja fuertes presunciones de culpabilidad como autor del delito contra el procesado Marincovic, pero no prueba plena ni suficiente como para condenarlo.» ("Proceso contra Tomás Marincovic por las lesiones inferidas a

La pampa es un horizonte pálido que mide su lejanía siguiendo la huella. De trecho en trecho es una aparición mística de humos viajando a la intemperie; de pronto es sólo el silbato del ferrocarril, atravesando, entre oficinas, el espacio/tiempo. Desde los años posteriores a la guerra del Pacífico se veía hormiguar en la pampa salitrera a miles de trabajadores, entrecruzándose sus nacionalidades andinas. Interminablemente recorren la piel seca de la pampa, asentándose al fin en sus costras, para hacerlas estallar en mil pedazos, escarbando luego su herida y acopiándola como su objeto de mercado en venta a "la oficina" por pocos pesos. Era la "gente de la pampa", conformada por "los particulares": esto es, los calicheros, los barreteros y los carretoneros. Y luego estaba la "gente de la máquina" que trabajaba en el proceso de elaboración del salitre, como carpinteros, herreros, mecánicos, fogoneros, chancheros, rpiadores, chuvadotes, retiradores, güincheros; en total, unos 30.000 obreros ¹⁸.

Dos amos con inicial P mayúscula, que no eran sino sólo uno, reinaban en las 80 oficinas existentes en 1903: el Patrón y el Pulpero. Lo que pagaba la mano del primero, lo quitaba la mano del segundo y así configuraban la simbólica vuelta circular de la P: semi-círculo que sale y vuelve a su inmovible y única verticalidad.

La noticia del asalto al redactor de *El Pueblo* levantó la ira de un lápiz desconocido de la pampa: la del poeta popular Rosario Calderón. Su escritura irrumpe desde la oficina *Virginia*, para dedicarle a López sus primeras quintillas, definiendo su propia escritura como de "palabras sencillas", siendo "mis ideas miopes", disculpándose, así, ante los lápices eruditos de la ciudad. « *El Pueblo* con sus lecciones / ilumina la conciencia», versea Calderón, «siempre dice la verdad / sin abrigar cobardía; / Y así la razón está / en verdadera armonía / con lo que es legalidad» ¹⁹. Calderón busca otros lápices populares entre las oficinas de la pampa; llama a los antiguos poetas de Atacama, su tierra, a poner su canto y su lápiz en defensa del periódico popular y su editor. De inmediato le responderá, desde la oficina *North Lagunas*, otro lápiz de poeta popular que, saludando el reencuentro con Calderón, sale

don Osvaldo López y Carlos Lazo) En: *El Pueblo*, Iquique, 31 de octubre de 1901.

¹⁸ Ibid.

¹⁹ R. C., "Quintillas populares", Oficina. *Virginia. El Pueblo*, Iquique, dic. 12, 1899.

también en defensa de Osvaldo López. Es el poeta Casiano Aguirre, "un roto atacameño", tal como él se define, "pobre yo en mi destino / y no anhelo distinción / ni me pongo en parangón / de inteligencias propicias», dice, cuyo lápiz también empuña para gritar: «Viva *El Pueblo* y sus cajistas/ viva el valiente Editor; / y viva el trabajador / que honrado existe a la vista»²⁰.

Calderón continúa llamando el lápiz de los poetas populares, estimulando al de su compadre y amigo de su padre, Felipe Marcial Garcés, de la oficina *Cataluña*. «¿Qué ha hecho usted el material / que en otro tiempo tenía?», le versea a la distancia, extrañándole mucho su silencio, le dice, ante los hechos que están ocurriendo. Y le aclara el deber que él cree le cabe en la hora a los poetas populares²¹.

Al llamado de Calderón el poeta Garcés saca su voz, reconociendo la antigua amistad y lazo familiar que los une, anunciándole su despertar: «hoy que mi cerebro empieza / a inspirarse lentamente». Y «con el ardor más ferviente/ marchemos los dos de frente / en la más completa unión. / Y armados de la razón / batamos heroicamente/ a esa canalla insolente / indigna de compasión. // Es deber de todo hermano / poner al frente su pecho / y defender el derecho / del honorable artesano»²².

La trilogía de lápices populares ha establecido su red de avance y su estrategia. Otros muchos los secundarán, abriendo el periódico *El Pueblo* una sección especial para la "Poesía Pampina". La escritura de su canto es su herramienta de lucha; acción que se empapa de calificativos de combate, de heroicidad y osadía. La poesía es su milicia y su campo de batalla, a través de la cual exhiben los poetas obreros su pecho al frente y al desnudo.

²⁰ C.A.E. "Cantares pampinos de un roto atacameño", *ElPueblo*, Iquique, 19 de mayo, 1900.

²¹ "Compadre, haré referencia / de cuál es la pensión / de mi humilde inteligencia. / Quiero ser en mi existencia / útil a mis semejantes / de los pobres ignorantes / que oprime la burguesía / adule mi poesía / con protestas delirantes. // Espero que usted persista / también con el mismo tema / y a ningún burgués le tema; al contrario, usted resista, / apoyando al periodista / que defiende al proletario / del proceder arbitrario / de todo rico pudiente; / Eso hace el hombre valiente / y también humanitario". (Rosario Calderón, Oficina Virginia, en *El Pueblo*, Iquique, 7 de julio, 1900)

²² Oficina *Cataluña*, Felipe Marcial Garcés, *El Pueblo*, Iquique, 28 de julio, 1900.

Estamos en presencia de un interesante fenómeno de inter-conexión entre dos tipos de escritura popular: la del artesano y su órgano moderno de expresión, la prensa, y la del poeta popular que escribe desde la tradición de la lira campesina. Ambas escrituras se ponen al servicio de una nueva causa común: la de la razón obrera. Tanto el periodista artesano como los poetas populares encarnan, a su distinto modo, esta nueva figura y gesta popular de la civilización, en busca de la fundación del poder de la razón obrera.

Todos los acontecimientos, nacionales y locales, estarán bajo la vigilancia de sus lápices, trazando para nosotros la huella de su propia evolución histórica en el seno de la sociedad que les toca vivir, en torno a lo cual van construyendo su identidad.

Una construcción que, a todas luces, va señalando el camino del cuestionamiento al sistema social y los aparatos de poder imperantes en Chile, a medida que es ese mismo sistema el que protagoniza actos de abierta ruptura con el pueblo. Como el intento de asesinato del editor López. Sin embargo, el quiebre decisivo se produce a raíz de la matanza de los huelguistas del carbón y de los astilleros en Valparaíso en 1903: punto de partida de una relación con el poder de las elites que se hará progresivamente irreconciliable. La conciencia de los estragos que ya causa el militarismo, tan temido por los demócratas del 900, es expresión manifiesta en la poesía de Calderón:

Nunca se sacian los ambiciosos / aunque millones tengan por miles; / los salvaguardan con los fusiles, (...) // Los muy pillastres son poderosos / con el apoyo de fuerza armada; / la que de / obreros siendo formada / no puede hacerles paz ni concordia. // Esa entidad del militarismo, / son los esbirros de los feudales (...) // En Valparaíso, Coronel, Lota / se han visto casos horripilantes, / siendo culpables / los gobernantes / que asesinaron tantos obreros. / Pueblo chileno y proletariado: / ya véis a Riesco cómo ha cumplido, / al bajo pueblo que lo ha elegido, / pues lo acaricia con bayonetas. // De esa hecatombe tómese nota / para escribir la futura historia ...»²³

²³ "Musa Pampina". «Para *El Pueblo*», Rosario Calderón, Oficina Buenaventura, julio, 1903. *El Pueblo*, Iquique, 18 de julio, 1903.

El año 1903 el pueblo obrero ha abierto sus ojos. La poesía popular de Tarapacá ha dejado la memoria de su ira y desengaño, de su denuncia y su compromiso creciente con la causa del proletariado nacional.

El periódico *El Pueblo* y su editor Osvaldo López continúan rompiendo la calma y el *status quo* del discurso oficial de Iquique. Nuevos poetas se han ido incorporando, sumando a la ira de los poetas pampinos, el sarcasmo y combatividad propia del poeta urbano, especialmente de Francisco Loayza, acerca de quien escribe un poeta: «Hoy, como ayer, te veo grave y fiero / esgrimir, con bravura, de tu idea / la retemplada lanza que chispea, / y es ruda y más temible que el acero. // Como ayer, siempre invicto, cual guerrero / que se siente crecer en la pelea, / lanzas tu verbo a quien, viril desea, / cual tú, luchar también cual el primero»²⁴.

Efectivamente, Loayza fue un gran guerrero del lápiz y del verbo. Quizás su bravura llegó hasta eclipsar la de los poetas populares de la pampa, hacia el año 1906. Extrañado, entonces Loayza los insta de nuevo a levantar sus lápices en son de combate: «Tú, poeta, que subyugas / con tus estrofas soberbias, / estrofas que toma el pueblo / como banderas de guerra; // tú, poeta, tú que puedes / hipnotizar a la gleba, / ¿será posible que ahora / tu espíritu desfallezca?». Loayza llamaba a los poetas populares porque éstos eran los conductores naturales de las masas, eran *sus* poetas, los que cantaban su sentir y los educadores de su espíritu de conciencia crítica. Eran los anunciadores de la razón, sus profetas.

“Estamos ante una interesante fase histórica en que la *razón* se hace a sí misma desde la *poesía*, la que, con su seducción propia, penetra y abre la razón, la sensibiliza y despierta. Una época en que se cree que la fuerza de esta energía crítica dada como expresión integral compuesta de fe, sentimiento, poesía y pensamiento era por sí sola capaz de producir la unidad de los trabajadores, unidad capaz de horadar las estructuras de la sociedad

²⁴ "Soneto" (A Francisco A. Loayza), Guillermo Vargas, *El Pueblo*, Iquique, 15 de marzo, 1906.

establecida" ²⁵.

Y así, levantándoles a los poetas el ánimo de lucha, Loayza los vuelve a instar al cumplimiento de su misión salvadora. «Nunca se han paralizado,/ apurando sus dolores,/ sin arribar al calvario,/ los cristos, los redentores. // Marcha sereno al martirio,/ si en tu sendero se puso:/ ¡nada importa sucumbir/ cayendo sobre el escudo!...» ²⁶.

La noche del 20 de julio de ese año de 1906, la imprenta de *El Pueblo* fue envuelta en llamas. Humo para asfixiar los lápices iracundos. Porque claramente el lápiz era un arma; un arma que si bien no mataba cuerpos, derribaba pedestales; que si bien no enterraba cuerpos, ensuciaba poderes; que si bien no atravesaba carnes, punzaba, afilado, mentes; que si bien no provocaba gritos, rompía el silencio de los indiferentes.

El lápiz era un arma que en vez de provocar pánico y estampida, atraía y juntaba; era eje y no huida; núcleo y no cáscara; punto de encuentro de corazones desperdigados.

En medio de los destrozos carbonizados y el aire de cenizas, Loayza, poeta, se despide del pueblo, instándolo nuevamente al sacrificio, al "crucifijo" y a la redención.

Escucha, pueblo, mis versos ... / Yo soy tu poeta franco, / soy de tu propia materia; / yo mis estrofas arranco / del fondo de tu miseria.// ¡Basta ya de mansedumbre ... / De la gran causa al servicio / hay la vida que ofrendar; / tienes, pueblo, que luchar, / luchar hasta el sacrificio. // No temas a la opresión, / a los castigos extremos, / que entre martirios supremos / viene toda gestación. / ¡Bandera de redención / flamea sólo en retazos! / El ave sale del huevo / cuando éste queda en pedazos!...» ²⁷.

Bastante se ha discutido acerca de este tema del "sacrificio" obrero en 1907. Creo que es

²⁵ M. A. Illanes, "El Poemario", en: *Poemario Popular de Tarapacá. 1899-1910*, Lom, Dibam, Santiago, 1998.

²⁶ "Alientos", Fco. A. Loayza, Iquique, abril 19, 1906. *El Pueblo*, abril 19, 1906.

²⁷ "¡Escucha!", Fco. A. Loayza, *El Pueblo*, Iquique, 21 de julio, 1906.

necesario hacer una distinción entre la idea de sacrificio como "entrega" y la idea de sacrificio como "costo de una lucha" necesaria. Esta última es la idea de Loayza al llamar al sacrificio a los obreros y que también está presente en la poesía pampina de esos años. Se trata de la necesidad del sacrificio del cuerpo para fundar la superioridad de la mente y la razón como la vía para la salvación. El esquema es el civilizacional occidental y judeo-cristiano.

De ahí la referencia permanente que hace la poesía popular a la figura de Cristo. Porque niegan la posibilidad de que se funde la razón popular de modo espontáneo: requiere del Calvario, del "dolor, del sufrimiento, de la sangre y de la muerte, para dar como fruto lo nuevo, la redención, la igualdad y la felicidad. Fenómeno y proceso que también está presente en la naturaleza: después de la muerte, el fruto; después del invierno, el verano; después de la noche, el día. Cristo encarna, más que una verdad religiosa propiamente tal, una verdad natural. Unidad intrínseca entre un *cristo-ismo* y un *natural-ismo*: su unidad significa un naturalismo virtuoso, humanista, en vista de una prometida salvación y de una solución feliz. Cristo es la encarnación de la naturaleza como utopía" ²⁸.

A pesar del incendio y de la partida de López y de otros redactores hacia otros pagos, la prensa popular de Iquique no murió, siendo reemplazada por el periódico *El Pueblo Obrero*, que renace el 18 de septiembre de 1907, día de la patria. Menor presencia tuvo en este periódico la poesía pampina; sin embargo, el año 1907 Rosario Calderón y otros combativos poetas como el poeta Sagasquino (Delfín Concha), aguzan las puntas de los lápices de su escritura para denunciar los desfalcos salitreros de los agiotistas al fisco, la carestía de la vida, la amenaza de huelga del Congreso y, con especial ira, el proyecto propuesto al parlamento de inmigración asiática. Entre las chispas de este aire crítico, los ánimos tanto de los obreros como de las elites, estaban agitados.

En diciembre de 1907, el lápiz pampino ha terminado de escribir su texto decisivo. Su

²⁸ M.A.Illanes, "El Poemario", en: *Poemario popular de Tarapacá*. Iquique, 1899-1910, LOM, Dibam, Santiago, 1998

Petitorio es la tabla de la nueva Ley que se ha dictado en el monte Sinaí del salitre y que se levanta al viento de los rostros, proclamando la occidental superioridad de la razón del pueblo. Texto que los congrega, que es eje, fuerza centrípeta que los conduce, texto enarbolado a la entrada de las puertas de la ciudad, voceando su razón fundacional para una nueva sociedad en el corazón de la plaza ²⁹.

Este es, a mi juicio, el sentido del pecho abierto de Briggs, ofrendándolo al fusil: el de la negación de un cuerpo obrero vilipendiado a través de los siglos, cuerpo instrumento de su inferiorización y de su esclavitud. Por el contrario, el Texto del Pueblo enarbolado en el mástil de la Escuela Santa María significa el acto de la fundación de su poder o la nueva Ley de la emancipación de los esclavos.

²⁹ Me refiero al *Petitorio* de los obreros salitreros en huelga en 1907. Ver Eduardo Devés, *Los que van a morir te saludan. Historia de una masacre. Iquique, 1907*. LOM, Santiago, 1998.